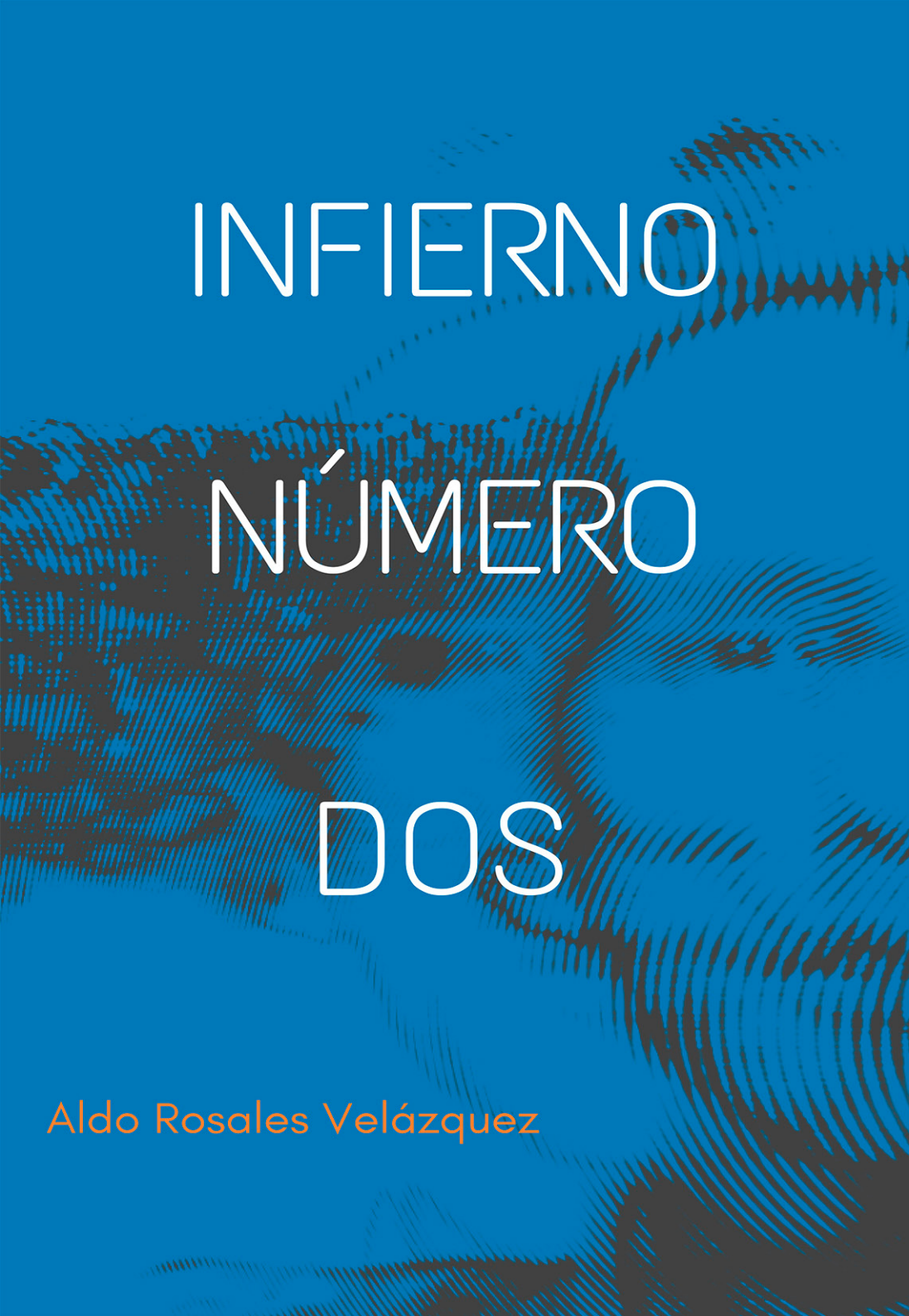




INFIERNO

NÚMERO

DOS

Aldo Rosales Velázquez



ALDO ROSALES VELÁZQUEZ (Ciudad de México, 1986). Es autor de *Linde faz* (FETA, Premio Nacional de Crónica Ricardo Garibay 2018), *Foley* (FOEM, mención honorífica en el Certamen "Laura Méndez de Cuenca" 2018, cuento) y *Tiempo arrasado* (Revarena, 2019), entre otros títulos. Es coordinador del taller de creación literaria del FARO Indios Verdes. Ha publicado cuento, poesía, crónica, ensayo y dramaturgia en medios como *La Jornada*, *Tierra Adentro*, *Punto de Partida* y *El Universal*. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

INFIERNO NÚMERO DOS

*El espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos,
reconocernos y escribirnos*

Aldo Rosales Velázquez

INFIERNO NÚMERO DOS

COLECCIÓN INVITACIÓN AL INCENDIO DE NARRATIVA 12

grafógrafxs





EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑADOR

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

CORRECCIÓN DE ESTILO

Vania Heredia

Jorge Andrés Reyes Aguillón

PORTADA

Sergio Ernesto Ríos

VACACIONES DE VERANO

El despertar fue limpio como cuchillada; los párpados se abrieron de pronto y en el cuerpo no sentía rastro de sueño. Como si nunca lo hubiera conocido. Era domingo 16 de noviembre. Tenía en la boca el sabor de la cerveza y una sensación dulzona y amarga a la vez. A pesar de que el sabor le resultó familiar, no recordaba haber vomitado; de hecho, no recordaba gran cosa.

El día anterior, un sábado que la persona del clima anunció como “soleado, con ligera posibilidad de nubes”, fue en realidad un cielo nublado. Del cielo se desprendían gotas que dibujaban trazos imposibles en el parabrisas del auto. Habían quedado, él y un par de excompañeros de la preparatoria, en celebrar el cumpleaños de Genaro, un amigo que, al paso del tiempo, se hacía más y más íntimo. Al final, sólo él asistió a la celebración.

Revisó los mensajes del teléfono y después la contestadora del departamento: nada, como si el sábado no hubiese existido, como si alguien se lo hubiera llevado. Recordó una de sus caricaturas favoritas de la infancia, donde un par de osos entregaban paquetes en un avión. En uno de los episodios, alguien se robaba un día.

—Genaro, te llamé ya tres veces, pero en todas me ha mandado a buzón. Llámame en cuanto escuches esto.

Su voz le parecía estúpida, pastosa, como si al salir del bar se hubiera traído consigo una que no le pertenecía. Recordó también un chiste al respecto, donde los perros, al salir de una fiesta, se llevaban la cola equivocada (antes de entrar, debían dejar la cola en el guardarropa): por ello se olían el trasero constantemente, para ver si no era aquella la cola que habían perdido. Le sorprendió lo mucho que estaba recordando su infancia, le pareció triste. “Entrar a los cuarenta”, se dijo, “es toparse de frente con el futuro y darse cuenta de que es un espejo, sólo eso: sirve para mirar todo lo que se ha dejado atrás”.

“Cuarenta”, dijo dos veces, una tras otra, tratando de apaciguar la extraña sensación que le palpitaba en el pecho, a la altura de la garganta. Nada le dijo la palabra. Era como agitar la caja del cereal porque no se puede creer que esté vacía, pero lo está.

Abrió la llave del agua caliente, en la regadera. Mientras se desnudaba sintió escalofríos: podía ser la resaca, pero algo le decía que esa sensación en el pecho poco tenía que ver con el cuerpo, aunque fuera allí donde más se sintiera. Se talló el cuello con la barra de jabón. Recordó el programa que había visto el día anterior, antes de la cita con Genaro, aquel donde un hombre hablaba de la ocasión en que le habían reconstruido la pierna a base de cirugías. El contacto del agua fue desagradable, como si él mismo sufriera esas heridas. Sonó el teléfono cuando terminaba de bañarse. Aunque corrió al buró, donde lo había dejado, no alcanzó a contestar. Era Genaro, quien volvió a llamar en ese instante.

—Oye, ¿pasó algo ayer?

Genaro tardó un momento en contestar; del otro lado de la línea se escucharon gritos de niños y voces de padres: Genaro era pediatra. Su consultorio estaba cerca del centro de la ciudad, apenas a unas calles del bar en el que habían estado el día anterior.

—¿Algo? —Oswaldo pudo imaginarlo rascarse el cuello, apretar el ceño (como si el recuerdo fuera una espinilla que se sacara presionando) y arquear las cejas—. ¿Algo como qué?

—Algo, no sé, algo fuera de lo común.

—No que yo recuerde. —Recuerdo: la palabra que no se dejaba asir—. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé —Oswaldo escogía las palabras con cautela—, algo que normalmente no pasaría.

Ambos callaron, pensativos.

—Es que, ¿sabes? —continuó Oswaldo—, siento como si hubiera pasado algo.

—¿Algo? —Genaro sonaba entre distraído e impaciente—. No te entiendo.

—Siento como si alguien hubiera muerto.

“Muerto”, pensó Oswaldo, y le pareció dura en extremo la palabra, casi prohibida, pero hacía eco a lo que sentía.

—¿Por qué dices eso? —Genaro ya no sonaba distraído, su atención se había volcado en el teléfono. Oswaldo lo imaginó con el celular apretado entre el hombro y la oreja derecha, mientras se retiraba los guantes de goma y los guardaba en la bolsa de la bata—. ¿Por qué habría de morir alguien?

Oswaldo suspiró, tragó saliva dolorosamente (la acidez, la acidez). Estuvo a punto de decir algo, pero permaneció en silencio.

— ¿Cuánto tomaste?

—No mucho, creo; tú estabas ahí.

—¿Te fuiste a algún otro lugar cuando nos separamos?

—Le pareció que Genaro usaba el tono de consulta—. Porque cuando salimos estabas bien.

—No, pedí el taxi y me trajo a casa, según recuerdo.

—Debes haberlo soñado.

Oswaldo se preguntó si esa sensación venía del sueño, si era algo que se le había atorado en la consciencia: un papel que se adhiere a la suela del zapato y uno lo lleva a casa sin darse cuenta. Trató de recordar qué había soñado, pero nada le quedaba claro: trozos del día anterior, de la infancia y del sueño se intercalaban. Lo más cercano a la certeza era el sueño, donde caminaba por una calle oscura junto a gente que no tenía rostro.

—No creo.

—Entonces debe de ser la resaca.

—¿Crees? —Más que pregunta, era una petición de consuelo.

—Podría asegurarlo. Mi hijo Roberto una vez despertó llorando, diciendo que nuestro perro se había escapado. Estaba preocupado por él.

—¿Y?

—No teníamos perro.

Oswaldo imaginó a un perro perdido en la calle, envuelto en sombras, en aquella avenida oscura que soñó, donde la gente tenía el rostro largo y sin humanidad. Sintió miedo.

—Eso debe de ser —remató Genaro—, una mezcla entre el sueño y la resaca.

—Pues fue muy real.

—Deberías agradecer que aún puedes soñar —a Oswaldo la frase le pareció más bien triste—, en serio.

Colgaron.

—Oye, no te olvides de mi cumpleaños. Deborah me preguntó si vendrías; trajo nueces de casa de su mamá y hará ese pan que te gusta —había dicho Genaro antes de cortar la llamada y las palabras desfilaban ahora en la cabeza de Oswaldo, mientras bajaba a la cocina.

Eran las siete en punto cuando Oswaldo sacó las naranjas del refrigerador, lavó un par, las cortó por la mitad y las exprimió en un vaso. El líquido frío le causó una sensación placentera en la lengua rasposa. Después se quiso servir cereal, pero la caja estaba vacía. La agitó para cerciorarse. Subió al baño de la recámara a lavarse los dientes. Mientras hacía gárgaras con el enjuague de menta nuevo, revisó su teléfono: una llamada perdida a eso de la una de la mañana, de un número desconocido. Escupió. Luego de tomarse un minuto para calmarse, marcó.

—Hola, buenos días, ¿con quién hablo?

—¿Con quién desea hablar? —La voz del otro lado era de un hombre. Oswaldo corroboró que no había marcado nuevamente el número de Genaro.

—Tengo una llamada de este número, de ayer a las nueve de la noche —mintió, y los nervios comenzaron a invadirlo: sentía estar buscando algo que no era suyo.

—No hemos llamado a nadie a las nueve de la noche, y no lo conozco. —El hombre había pasado de la sorpresa a la molestia.

Del otro lado de la línea se escuchaban voces de niños, parecían discutir por algo, quizá por el control de la televisión.

—Debió de ser un error.

—Debió de serlo.

—Disculpe.

Oswaldo colgó. Estaba nervioso y la molestia del hombre le había acrecentado aquella sensación de que algo malo había sucedido y nadie podía recordarlo. Marcó el siguiente número en la lista.

—Buenos días, don Oswaldo, ¿ya paso por usted?

Moreno, un taxista que se había vuelto prácticamente su chofer particular, sonaba alegre, aunque parecía atorado en el tránsito matutino.

—No, hoy no, Moreno. —Oswaldo se lamió los dientes superiores; en la punta de la lengua, como un nombre que no termina de recordarse, había quedado el gusto a menta—. Me quedaré a trabajar en casa.

—Perfecto. ¿Algo en que le pueda ayudar?

Moreno era un hombre viejo al que Oswaldo, un abogado lleno de amigos (un buen abogado es el que tiene amigos, solía decir), había ayudado a tramitar una indemnización de

la fábrica donde laboró durante más de treinta y cinco años. A partir de ahí (todo lo acordaron en un viaje corto que Moreno no quiso cobrar), del triunfo que Oswaldo le había facilitado, Moreno se volvió su asistente incondicional. Nunca cobraba los viajes, aunque no decía nada cuando Oswaldo, al bajar del auto, le dejaba un par de billetes en el asiento del copiloto, a través de la ventanilla.

—Ayer que fuiste por mí —se detuvo un momento para escoger las palabras—, en la noche...

—Fuimos directo a su casa, don Oswaldo —Moreno parecía tener experiencia con ese tipo de conversaciones: llaves o carteras olvidadas, gente que no recordaba qué pasó—, eran más o menos las dos, acaso dos y media.

—Bien.

—Y no se le cayó nada aquí. —La vieja costumbre, quizá, de tratar con ebrios—. Ya ve que yo siempre reviso.

—No, no es eso, Moreno.

—Bueno, si quiere que lo lleve a algún lado, me avisa.

—Claro, gracias.

—Buen día, don Oswaldo.

Apenas colgó, se dio cuenta de que la situación no estaba más clara, y que lo que podría haber sido su imaginación (o una pesadilla, como sugirió Genaro) se sentía real. Volvió a llamar a Moreno.

—Dígame, don Oswaldo.

Pensó en dar rodeos con las palabras, tantear el asunto para indagar, pero se dio cuenta de que aquello, fuera lo que fuera,

necesitaba premura, acción, porque estaba hecho de sombras. Mientras más avanzara el día, más difícil sería recordarlo.

—¿Alguien murió anoche, Moreno?

La pregunta pareció no sorprender al hombre al otro lado de la línea. Quizá ya nada podía hacerlo.

—No mientras estuvimos juntos, don Osvaldo.

—¿Estás seguro?

—Totalmente. —Sonaron claxonazos al otro lado de la línea, Osvaldo pudo percibir el aire colándose por la ventanilla del taxi—. ¿Cómo no estarlo?

—Bueno.

Colgó sin despedirse. Encendió la televisión. Revisó sus mensajes, las fotografías: nada parecía tener relación con la muerte. A pesar de que la duda cedía a cada vistazo que daba a los eventos del día anterior, algo dentro de sí le decía que alguien había muerto. Las manos comenzaron a sudarle, sentía los dedos hinchados. La pantalla del teléfono se humedeció a causa del sudor. Se dio cuenta de que no podría seguir encerrado: necesitaba ir a la cantina. Ahí debía de estar, atorado en algún clavo suelto, en la esquina de una mesa o en los vidrios del tarro que se había roto (un tarro se había roto, ahora lo recordaba), eso que buscaba.

Antes de salir, desayunó un plátano y un trago de leche. El estómago, delicado, no pudo soportar nada más. En la calle, Moreno aguardaba en su taxi.

—¿Yo te llamé? —preguntó Osvaldo con miedo de haberlo hecho y no recordarlo.

—No, señor, pero pensé que podía necesitar algo.

Subió al taxi y no tuvo que decirle que se dirigiera a la cantina donde lo recogió la noche anterior. Más que extrañeza, sintió alivio, casi gratitud. Moreno lo conocía bien. No le gustaba pensarlo así, pero encajaba en la descripción de un amigo.

—Quizá alguien murió y usted lo sintió. —Los ojos y las palabras de Moreno, que rebotaban en el retrovisor para llegar a Osvaldo, fluían con calma—. Ya sabe, como una llamada equivocada.

—¿Eso pasa?

—Sí, señor. —En el tono marcial de las respuestas se dejaba ver la escuela militar de su juventud, de la que tanto hablaba.

—¿A ti te ha pasado?

—A mí no, don Osvaldo, pero sé de mucha gente. Algunos ni se dan cuenta. Sienten la muerte de alguien más que nada tenía que ver con ellos. Y luego no saben el porqué de esa sensación. Le digo, como contestar una llamada que no era para usted.

El resto del camino estuvieron en silencio. A pesar de que pasaba regularmente por ahí, las calles le resultaron desconocidas. Pensó por un momento que esa ciudad la estaba soñando alguien más y que él era parte de ese sueño. Buscó con la vista, de pronto, al perro del hijo de Genaro. Se sintió estúpido. Luego experimentó miedo.

La cantina estaba abierta, apenas un par de mesas ocupadas. Un hombre obeso, con chamarra de cuero, miraba la

televisión mientras bebía una cerveza a pequeñísimos tragos, luego se llevaba cacahuates a la boca y se limpiaba los dedos en el pantalón. La mesa donde habían estado la noche anterior se hallaba desocupada. Osvaldo se arrepintió de no pedirle a Moreno que se quedara con él: se sentía a punto de caer por un agujero donde no se podía ver el final.

—Buenas tardes —dijo el mesero con cordialidad, luego le extendió la carta—. Si gusta, puede sentarse en la barra.

Osvaldo negó con la cabeza, pidió agua mineral y carne asada. Se quedó quieto, como si esperase escuchar algo que el lugar debía decirle. No recordó nada más de lo que ya sabía, que Genaro y él habían bebido solos un par de horas hasta que dos mujeres se les acercaron. La más joven de ellas (Osvaldo llegó a pensar que eran madre e hija) coqueteaba abierta y descaradamente con Genaro, por lo que él y la otra mujer, de ojos grandes y claros, que olía a perfume genérico, comenzaron a hablar sobre trivialidades, hasta que la conversación recayó en los hijos y lo que cuesta, en todo sentido, tenerlos.

“Pero de eso, como de otras cosas, ya no hay vuelta atrás”, dijo la mujer, con la mirada en un punto sobre la cabeza de Osvaldo (no miraba a los ojos, y cuando lo hacía era de forma fugaz y desconfiada). Luego ambos permanecieron callados, mientras Genaro y la otra mujer (resultaron ser primas) bailaban en el área de fumadores, un pequeño balcón que colgaba sobre la ciudad.

En la mesa había una rajada, al parecer a causa de la humedad en la madera. En ella se acumulaban la suciedad y

el tiempo, lo que formaba una pequeña masa negruzca que, ahora recordaba Osvaldo, había retirado con el dedo índice durante la noche, para formar con ella pequeñas bolitas y arrojarlas al suelo. La mujer le sonreía cuando sus miradas, incómodas, se encontraban.

El mesero llevó la comida y el agua mineral. Osvaldo comió sin apetito mientras miraba la enorme Sony de caja de madera que reposaba al fondo de la cantina, junto a los baños. El hombre obeso seguía bebiendo a pequeños tragos. Uno de los meseros comía, casi a escondidas, un sándwich tras la barra.

La mujer, además, se acomodaba constantemente el cabello. Sus uñas, pintadas de morado tenue, lucían rotas de las orillas, lo que le confería un aire triste, descuidado. Por sus palabras, Osvaldo creyó adivinar que estaba recién divorciada, que esa visita a la cantina era una de tantas a las que su prima, más joven y atrevida, la llevaba cada cierto tiempo para ayudarla a olvidar.

—¿Casado? —preguntó la mujer cuando recién llegaron a la mesa. Osvaldo negó con el índice.

—No —reafirmó.

—Dichoso tú —agregó para luego reacomodarse el cabello, de puntas quemadas y raíces canosas. La sonrisa le colgaba de las comisuras de los labios un segundo y desaparecía en una mueca árida.

La mujer habló casi todo el tiempo sobre un par de niños (quizá sus hijos; la música era muy alta), luego señalaba fotos en su teléfono celular. Decía frases, más para ella (acaso para

ellos, los niños) que para Osvaldo. Se quedaba con la cabeza quieta, la mirada en el techo. Se enjugaba las lágrimas con el dorso de la mano (donde la piel lucía reseca) y se echaba aire con la carta que el mesero les había dejado.

A pesar de que hablaron toda la noche, aquello apenas fue una conversación. Intercambiaban un par de ideas sobre un tema y luego callaban para reiniciar con otro, después de un trago a sus bebidas. Como iniciar un dibujo y arrancar la hoja después de algunos trazos.

El partido terminó y alguien (Osvaldo no pudo ver quién) comenzó a cambiar el canal. Se detuvo al llegar al de las noticias, donde la misma persona que el día anterior había errado en su pronóstico, anunciaba el actual. “El fin de semana alcanzaremos los cuarenta grados en estas calurosas vacaciones de verano”, dijo con una sonrisa, para dar paso al resto del noticiario.

—El fin de semana ya casi acaba —comentó Osvaldo en voz alta cuando el mesero pasó junto a él. El otro siguió de largo; se sintió estúpido.

Era cierto, el fin de semana había sido caluroso. Las horas parecían derretirse sobre los edificios, sobre los hombres y las mujeres a su lado, sobre los autos que no acababan nunca de llegar ni de partir. Osvaldo pensó en el pronóstico de la persona del clima, cierto, aunque a destiempo: inútil. Llamó a Genaro.

—¿Puedes hablar?

—Sí, ¿pasa algo?

—¿Te acuerdas de las dos mujeres?

—¿Que si me acuerdo? Pagué su cuenta y al final no pasó nada. ¿O tú sí lograste algo con la mayor?

—¿Lograr algo?

—Cuando salieron juntos. Estuvieron afuera como media hora.

Recordó. Habían salido a la calle a platicar. La mujer dijo algo sobre sus hijos, sobre extrañar y sobre cómo los recuerdos son espinas bajo las uñas. Luego, en un gesto atrevido, más bien (Osvaldo ahora lo sabía) desesperado, le pidió su teléfono, para alejarse un par de metros a llamar. Él la vio gesticular a lo lejos, acercarse mucho el teléfono a la boca. Vio pedazos de la conversación caer a la banqueta. Caminó de vuelta, devolvió el teléfono y volvieron adentro. La mujer ya no habló más. “Quizá fue ella”, pensó Osvaldo.

—No, no pasó nada.

—Tengo el teléfono de la más joven. Ella te puede dar el de su amiga, ¿o dijeron que eran primas? Lo que sea. ¿Lo quieres?

—No, todo bien. —De pronto había resolución en su voz—. Me voy, te llamo luego.

Pagó y caminó de vuelta a casa. La calle era empinada, larga. Recordó que sí había pasado por ahí la noche anterior, y muchas veces antes, pero los recuerdos estaban a la sombra del recuerdo del día anterior. Todo parecía estar a la sombra de un recuerdo ajeno, de un número equivocado, donde nadie vive y aun así la persona del otro lado insiste en dejar recado.

Osvaldo se detuvo un momento antes de incorporarse a la avenida grande. Parecía buscar algo con la mirada, luego siguió caminando. En la contraesquina, un perro maltratado iba y venía sobre sus pasos, confundido; a veces caminando contra el flujo de la gente: parecía querer atravesar la calle. Parecía perdido.

INFIERNO NÚMERO DOS

Nájera mira el cuadro una vez más; no lo entiende y tampoco se esfuerza en hacerlo. Deja resbalar la vista por el fondo gris plomizo y las figuras a ambos lados, mujeres con los ojos cerrados, desnudas, con una mano sobre el sexo y la otra sobre los senos. El fondo, pintado de gris, es la única parte de la obra que parece no haber sido recortada de una revista.

—Es bella, ¿no es cierto? —pregunta un hombre a sus espaldas.

Nájera mueve la cabeza en gesto ambiguo.

—¿Le interesa? —continúa el hombre, y esta vez Nájera dice que sí.

Están en una pequeña galería dentro de una plaza comercial que se inauguró apenas un par de meses atrás. El letrero en la entrada recalca que las obras expuestas fueron hechas por las internas de una penitenciaría femenil. Nájera entró para hacer tiempo antes de su siguiente cita, y ahora se pregunta por qué no escogió otro sitio.

—Infierno número dos —murmura Nájera con la vista en la pequeña placa de metal donde se anuncia el título de la obra, la autora y la técnica.

El hombre detrás de él, quien se ha presentado como el maestro de las internas, repite el título de la obra dos veces,

la segunda como si explicara algo que la primera no alcanzó a decir. Nájera pregunta el precio, piensa en regatear cuando lo escucha, pero no lo hace. Después se dirige a la entrada a realizar el pago. Le entregan la obra envuelta en papel amarillo y sale rumbo al restaurante de cortes argentinos donde se encontrará con un cliente al que, en alguna fiesta que ya no recuerda bien (a pesar de jactarse de tener una memoria prodigiosa), entregó una de las mil tarjetas que imprime cada bimestre y cuyo diseño nunca ha cambiado: “Eleazar Nájera Cabrera, vendedor de seguros”, en letras marrones sobre un fondo hueso.

Al llegar a casa, Nájera coloca el cuadro en la mesa al lado de la puerta, se dirige a la habitación y desmonta el marco donde alguna vez estuvo la foto de su boda. Limpia el área con una franela seca y regresa por el cuadro. Lo coloca cautelosamente. Retrocede un par de pasos y mira el *collage* una vez más. Sigue sin entenderlo, pero le gusta más que la primera vez. Recuerda el precio y lo dice en voz alta, saboreando las sílabas, luego lo mismo con el título de la obra. Trata de imaginar a la mujer que lo elaboró; trata de imaginar las revistas de donde las imágenes han salido; no logra ni lo uno ni lo otro y abandona la tarea cuando se da cuenta de que es a su mujer y a las revistas que ella leía lo que está imaginando. Nájera duerme profundamente por primera vez en más de tres meses. Al despertar de un sueño abigarrado, lleno de imágenes que no acababan ni empezaban del todo, sabe que eran ellas quienes, de pie, estaban en medio de una luz grisácea que no tenía principio ni fin.

Nájera vuelve a la galería al día siguiente. Tarda un par de minutos en identificar al hombre con el que habló la tarde anterior, el maestro de las internas. Al localizarlo, le pregunta si tiene alguna otra obra de la autora. El hombre lo mira intrigado, parece no entender de lo que habla, luego lo reconoce y sonríe.

—Sí, ya sé de quién habla —contesta.

Después de agregar que era la única pieza de la mujer en cuestión, lo invita a revisar la obra de las demás. Nájera accede y caminan por la galería, que, a diferencia del día anterior, luce despoblada y un poco triste. Ninguna obra le convence, sólo ve en ellas una especie de hacinamiento, como si dentro de cada marco se hubiera derrumbado una ciudad. El hombre le comenta que, si así lo desea, puede conseguirle otra obra de la mujer, pero que tendrá que esperar un par de días más. Nájera asiente, luego recula y pide, en lugar de ello, que le haga llegar un mensaje a la autora. El maestro, quien ahora insiste en ser llamado Emmanuel Benítez, saca de su bolsillo un pequeño cuaderno y lápiz, luego se coloca en actitud de escribano, atento. Nájera piensa qué decir y no atina a pronunciar palabra, aunque en su cabeza, como en la obra colgada en su habitación, las cosas se superponen en un orden no del todo comprensible.

—Hagamos esto —propone Emmanuel mientras anota algo en el papel—, dígaselo usted mismo. Ella ya salió, ayer estuvo aquí.

Arranca la hoja del cuadernillo, la extiende y por un segundo parece arrepentirse. Toma el papel y sale de la galería.

Después de llegar a casa, y subir a su recámara a descansar, Nájera tarda más de cinco minutos en enviar el primer mensaje, que ha borrado y redactado más de diez veces. Al final, se limita a un simple “Hola, buenas noches”, que es contestado casi al instante. La mujer, después de un par de mensajes, asegura no llamarse Olivia (nombre con el que firma sus obras y que tomó de su hermana) y acepta la propuesta de comer al día siguiente. Nájera se asegura de usar la palabra comer, la cual, piensa, no lleva ninguna carga emocional, a diferencia de cenar. Conciertan la cita en una plaza comercial antes de despedirse.

Al día siguiente, justo a la hora acordada, Nájera está sentado en una de las mesas que rodean el kiosco de helados en la plaza, con un refresco de lata frente a sí. Han pasado veinte minutos y comienza a sentir desesperación de no ver llegar a la autora del *collage*. Mientras espera, revisa la conversación de la noche anterior, luego busca en internet algo relacionado a la técnica de *collage*, mas nada de lo que encuentra le parece interesante. Al verla llegar, intenta ponerse de pie, pero ella le dice que no es necesario.

—Me llamo Eleazar, pero en realidad no me gusta tanto el nombre. Prefiero que me llamen sólo por mi apellido.

La mujer asiente y se reacomoda el cabello detrás de la oreja izquierda. Han hablado por más de media hora y ninguno de los dos sabe bien a bien qué hace ahí, aunque no sienten deseos de irse. Ambos intentan abrir nuevas conversaciones que luego de un par de frases desechan: clima, política, comida.

Después de unos momentos, la plática recae sobre el *collage*. La mujer asegura que aún no entiende del todo el proceso, pero que disfruta inmensamente recortar y pegar. Nájera pregunta de dónde salieron los recortes con los que fue elaborado *Infierno número dos*. La mujer confiesa no recordarlo. Hablan, o mejor dicho, ella habla sobre Emmanuel y el rol que desempeña en la vida de las internas. Flora (su nombre real) dice que si hay un amor que se sitúe entre el amor a un padre y el amor a un amigo, ese sería el que siente por Emmanuel. Nájera no logra entender del todo, pero asiente.

Se levantan luego de terminar el último refresco. Bebieron dos cada uno, donde ahogaron más conversaciones tontas antes de que nacieran. Caminan por la plaza y sin darse cuenta lo hacen en círculos, siempre descendiendo, desde el séptimo nivel, donde se concertó la cita, hasta el basamento, donde Nájera estacionó. Durante el camino hablaron de la hija de Nájera y de la hija de Flora, a la que ella lleva tres años sin ver y él sólo dos semanas, que ha sentido como tres años. Estuvo tentado a decir algo sobre su exesposa, pero no le pareció conveniente: hablar de una sola de las mujeres de su vida, en lugar de ambas, se le hizo sumamente necesario.

—Dejaron de visitarme a los pocos meses y mi marido volvió a su país. Claro, se llevó a la niña. —En sus palabras había nostalgia, duda, coraje, todo ello superpuesto.

Nájera se sintió tentado a preguntar más detalles sobre su matrimonio, pero se detuvo a tiempo. Luego, a su vez, él habló sobre el divorcio en un par de frases, después guardó silencio:

las palabras parecieron extinguirse de pronto en su pecho; se confundieron con algo más que no cabía en ningún idioma. Suben al auto y Nájera arranca.

Permanecen en silencio mientras las calles se alejan siempre un paso más en los espejos retrovisores. Nájera piensa que Flora le pedirá descender cerca de alguna estación del metro, pero pasan veinte minutos y ninguno de los dos dice cosa alguna.

—Me hizo falta la ciudad mientras estuve allá adentro —dice de pronto Flora, luego se acomoda el cabello detrás de la oreja izquierda—. Mucho.

Nájera entiende, o cree entender, lo que eso quiere decir. Se detiene en una gasolinera a llenar el tanque.

Ha pasado una hora desde que salieron de la gasolinera. Nájera y Flora hablan esporádicamente, se limitan a mirar la ciudad, mejor dicho, Nájera se limita a conducir y ocasionalmente observa a Flora mirar la ciudad.

—¿Tienes hambre? —pregunta después de unos minutos. Flora asiente.

Se detienen en un restaurante de comida china. Ella llena su plato hasta los bordes. Nájera mira que hay un orden en el acomodo de los guisos, a diferencia del suyo, donde todo es una masa informe. Se sientan a comer y conversan sobre los platillos. Flora usa constantemente los términos “adentro” y “afuera”; las palabras que emplea sobre uno y otro son opuestas. Al terminar la comida, Flora insiste en pagar. Él la detiene y dice que ya después le tocará a ella. Se miran, parece que la

palabra “después” marca también un adentro y un afuera: no les importa. Salen y vuelven al auto.

Está a punto de anochecer cuando Flora le pide a Nájera detenerse. Chispas de electricidad salpican los cerros cubiertos de casas, allá a lo lejos, pasando los últimos edificios de la ciudad. Bajan del auto. Caminan hasta una banca en el camellón de la avenida sobre la que estacionaron. Flora le pregunta a Nájera por qué la invitó a comer —se recarga en la palabra comer— y él responde, con sinceridad, que no sabe. Vuelven al silencio, sobre el que a veces colocan, una encima de otra, frases inconexas. Nájera le pregunta, de repente, si aún no ha vendido *Infierno número uno*, porque desea adquirirlo. Flora parece no entender la pregunta. Momentos después respinga, como si la verdad fuera un hielo en la nuca.

—Sólo hice *Infierno número dos* —responde de forma tímida. Parece temer que Nájera, al enterarse de que no existe la pieza, se aleje de repente. Él está a punto de preguntar algo más, pero vuelve a guardar el aire.

Flora comienza a arrancar pedacitos de una servilleta que guardó del restaurante chino.

—¿Y por qué *Infierno número dos*? —pregunta Nájera—. ¿Por qué no *Infierno número uno* desde el principio?

Flora suelta los trocitos de la servilleta, que caen con suavidad. La ciudad se incendia. A lo lejos, tras la oscuridad, que tiende su telaraña entre los edificios, sopla el aire. Las miradas de Flora y Nájera caen, ruedan por el aglomerado gris frente a ellos mientras los trozos de papel se arrastran por el suelo en

todas direcciones. Desde donde se encuentran, cada cosa en la ciudad, los edificios, los árboles, la noche, parece superpuesta; nada en realidad tiene un fin o un inicio definido. Aunque no lo dicen, saben que observan lo mismo, el mismo trozo de vida. Nada de esto va a repetirse, nunca van a olvidarlo; y, lo que es peor, un día comenzarán a recordarlo de otra forma, a añadir o quitar cosas, trozos de otros recuerdos se encimarán a este, sin orden ni sentido. Nájera parece entender algo y no repite la pregunta.

Después de unos minutos en silencio, Nájera se ofrece a llevar a Flora hasta su casa. Ella acepta y durante el trayecto guardan silencio, como si allá atrás se hubieran dicho algo vergonzoso o importante. Flora lleva su bolso de mano sobre el regazo, apretado con firmeza contra el cuerpo. El cuello se le tensa visiblemente al tragar saliva. Si Nájera fuera observador, notaría que llora; se daría cuenta, además, de que las mujeres, cuando están presas, aprenden a llorar hacia adentro. Flora descende en un semáforo donde una avenida con nombre de platillo y otra con nombre de prócer se juntan.

Al llegar a casa, Nájera bebe un vaso de agua y sube a su recámara. Se lava los dientes y luego de ponerse el pijama sale al balcón (siente que el balcón es la única parte de la casa donde está a salvo. ¿A salvo de qué?). Mira la ciudad, sobre la que una capa de contaminación es visible aun a través de la noche. Le recuerda a *Infierno número dos* y sabe que no es casualidad: ese cielo es el mismo que hay en el fondo del *collage*, como si Flora hubiera amontonado, uno sobre otro, los días que estuvo

encerrada, para subirse y mojar su brocha en el cielo de la noche, como en un gran charco de agua sucia flotando sobre la ciudad.

Nájera toma el teléfono y marca el número de Olivia (no de Flora), quien contesta casi al instante. Antes de decir algo, mira el cuadro colgado sobre su cama. Siente que ahora entiende algo que la primera vez no, pero no puede estar seguro.

—¿Recuerdas de dónde sacaste esas imágenes? —Ella se toma un momento para pensar, pero al final no dice nada—. Por un instante, pensé que ya las había visto.

—Tal vez así fue.

Vuelven a guardar silencio, pero ninguno de los dos corta la llamada.

—¿Estás viendo el cielo? —pregunta. De no ser suya, la frase le parecería estúpida.

—Sí —responde, aunque Nájera la escucha abrir una puerta y salir a la lluvia de sonidos citadinos.

—No vayas a colgar —suplica, como si los ojos de ella, sobre la oscuridad, fueran la columna que sostuviera las cosas—. No vayas a colgar —repite.

Le cuesta trabajo reconocer su propia voz, que se quiebra en imágenes absurdas, pedazos de tiempo deslavado que se superponen.

UN GATO QUE SE LLAME PORVENIR

El día que hablamos por primera y única vez fue un domingo, lo recuerdo. Era época vacacional y las calles estaban vacías. Un día antes hubo un desfile; las calles quedaron tapizadas de basura.

Desde la ventana, la vi dar dos vueltas a una de las jardineras frente al edificio y voltear a todos lados, como si hubiera perdido algo. Noté su presencia porque no había nadie más en la calle. Incluso desde esa distancia, su desesperación era visible. Pensé que quizá necesitaba ayuda.

Cuando bajé, ya no estaba. Me acerqué a la jardinera: junto a los arbustos, entre un montón de basura, había algo.

—Son dos gatos —me dijo al acercarse desde atrás—. Los abandonaron.

Traía una caja de cartón. Desde la ventana no lo noté, pero estaba embarazada, quizá en los primeros meses. Tomó a uno de los gatos, con delicadeza, y lo puso en la caja. Después el otro. Cerró la caja. Por su forma de hacerlo, pensé que había sido empleada en una tienda de regalos. Sentí que debía ayudar, pero no sabía cómo.

—Los gatos recién nacidos sólo beben leche.

—¿Leche?

—Sí —creí que había dicho algo estúpido, pero ella parecía no saberlo—, y se les da con una jeringa si no está la madre.

Cuando era niño, una gata en el edificio tuvo crías, luego murió. Su dueña, una enfermera cuya cara no recuerdo o recuerdo mal, las alimentó semanas con una jeringa a la que le retiró la aguja. Me dejaba ver cuando lo hacía. Esa mujer fue quien cuidó a mi mamá sus últimos días.

—¿Conoces una farmacia?

—Sí —le contesté—, aunque quizá está cerrada. Pero mi prima es doctora, seguramente tiene jeringas.

Señalé mi edificio, una desastrosa fachada salpicada de briznas. Estaba ahí porque me encontraba tomando un curso de ya no recuerdo qué, con gente que apenas puedo dibujar en la memoria; apenas, como si más bien las hubiera soñado. Mi prima, la doctora, me permitía quedarme en la habitación desocupada.

Los primeros tres pisos ella cargó la caja; los últimos cuatro, yo. Pareció incomodarse cuando le comenté que en su estado no debería subir tantas escaleras. Al entrar, le dije que pusiera la caja en la mesa de centro. Fui al cuarto de mi prima, olía a hospital. En un cajón de su cómoda encontré una jeringa nueva.

—¿Puedes sacar el cartón de leche? —grité desde la habitación. Escuché sus pasos rumbo a la cocina, luego la puerta del refrigerador—. Hay pocillos en la alacena. La puerta de arriba, la de la derecha.

Fui a la cocina y la encontré frente a la estufa, buscando los cerillos. Saqué de mi bolsa un encendedor. La llama de la estufa nos iluminó el rostro. Vacíé un poco de la leche en el pocillo

que ella sostenía y lo coloqué sobre la lumbre. El silencio que emanaba de la caja, allá en la sala, era profundo.

—¿Cada cuánto comen?

Le dije que cada dos horas, pero no estaba seguro. Apagué la lumbre y tomé con un trapo el pocillo. Fuimos a la sala. Su rostro tenía la expresión de quien está frente a la muerte y finge no saberlo. Conozco bien esa cara. Coloqué el pocillo sobre la mesa de centro, retiré la aguja de la jeringa y extraje un poco de leche. Abrimos la caja, el silencio que dejó escapar nos pintó de miedo el rostro. Tomó a uno de los gatos; acerqué la jeringa a su hocico.

—Rafael —dijo sin voltear a verme. Al principio no le presté atención.

—¿Rafael? —pregunté después de un momento, con los ojos fijos en la jeringa, mientras empujaba lentamente el émbolo.

—Así se llama —contestó casi en un susurro—. Algo que tiene nombre ya no puede morir.

Puso al gato de vuelta en la caja y levantó al otro. Repetimos el proceso.

—¿Y él?

—¿Y él? —respondió—. Él se llama Lucas.

Devolvió al gato a la caja y los acarició. Nos sentamos. Afuera había terminado de oscurecer y el silencio era lo más parecido a la tranquilidad. Se puso de pie y levantó una de las cejas de la caja. Prendí la luz.

—¿Cómo supiste que estaban allí? ¿Los escuchaste?

Permaneció callada. Estuvimos así no sé cuánto tiempo. Sentí que debía decir algo, no se me ocurrió nada. A ella tampoco. Miré su vientre. Al notar que la veía, holgó su sudadera y se sentó derecha. Se lo cubrió con las manos.

—Agua —dije de pronto, mientras me levantaba.

— ¿No basta con la leche?

—Para ti —contesté desde la cocina—, no te ofrecí nada de tomar.

De alguna casa vecina llegaba un aroma a aceite caliente, el llanto de un bebé, una conversación ininteligible. Llené dos vasos y regresé a la sala.

—Rafael y Lucas son nombres bonitos. —Le extendí el agua.

—Gracias. —Bebió un poco y colocó el vaso en la mesa, al lado de la única foto que teníamos juntos mi prima y yo. La miró con interés, pero discretamente—. ¿Suenan como si fueran apóstoles? —bromeó, aunque no pudo sonreír.

—El evangelio según Lucas. El evangelio según Rafael —pronuncié lentamente, en voz alta, desgranando cada sílaba en la boca—. No, no creo.

—¿En serio?

—No, la verdad sí suenan un poco a apóstoles. —Su sonrisa renació, se le quedó en la cara por un instante y luego se vino abajo como cartón mojado.

—¿Vives solo?

—Con mi prima. Casi nunca está y cuando llega es para dormir y bañarse.

—Tu prima, cierto. —Paseó los ojos por la pieza—. Ya me habías dicho.

Se levantó de nuevo para revisarlos. Me paré junto a ella y nos quedamos así un par de minutos, callados, serios, con la vista sobre ese par de gatos, réplica en miniatura de nuestro silencio y quietud.

—¿Están dormidos o...?

—No, no —atajé—. Están dormidos, ¿ves? Ve bien el pecho: se mueve.

No estaba seguro de que así fuera, pero sentí que tenía que decirlo.

—No te di las gracias.

La vehemencia con que lo dijo, su rostro de cristal cuarteado, de flor bajo una lluvia fuerte, me hicieron sentir que debía hacer algo más. Fui a mi cuarto, volví con una playera vieja y la puse al lado de los gatos. Noté que no se movían, pero no dije nada. Al cerrar la caja, dejé un hueco para que entrara aire.

—Te interrumpí hace un rato, lo lamento.

—No, sólo iba pasando por casualidad —mentí—. Además, uno no puede interrumpir a quien no está haciendo nada.

Asintió, como si esa frase le hubiera puesto cuerpo a algo que le rondaba en el pecho o la cabeza. Creo que la vida es así, uno se levanta un día y encuentra en las palabras de alguien más o en la persona misma un cuerpo a la medida del fantasma largamente hospedado en el pensamiento. Uno un día se encuentra un par de gatos que le dan cuerpo a una tristeza

grande, muy grande, hecha de un sinfín de tristezas pequeñas, filosas, que se negaban a revelarse.

Sonó la cerradura de la entrada y ambos nos sobresaltamos. Apareció un ramo de bolsas de plástico y, tras ellas, mi prima, que nos miró extrañada.

—Hola, creí que ibas a salir. —Se volteó hacia ella—. Karla, mucho gusto.

Me acerqué a mi prima, tomé las bolsas y fui a dejarlas a la cocina. Las vi saludarse de mano; ella dijo su nombre, no alcancé a oírlo. Pensé que tenía cara de Samara y que si ella misma se hubiera bautizado, habría escogido ese nombre.

—Encontramos unos gatos —comenté al volver a la sala, luego me corregí—. Bueno, ella encontró unos gatos, allá enfrente, en la jardinera.

—Ah —contestó y puso la vista en la caja—, unos gatos.

Nos miramos cuando mi prima se dio la vuelta por un instante.

—Ya nos vamos. —Se levantó para tomar la caja—. Gracias por todo. Nos vamos.

Nos vamos. Nosotros. ¿Nosotros quiénes? Cada vez más, sus palabras anclaban esos gatos a su vida, sin darse cuenta. O quizá ya usaba el plural para referirse a ella misma en su estado. Por un momento, sentí que ese nosotros me incluía.

—Te acompaño —ofrecí, luego le pregunté a mi prima si quería que le trajera algo de la tienda.

—Leche —contestó, con la mirada puesta en el cartón vacío que habíamos dejado sobre la barra.

Me guardé la jeringa y al salir cerramos la puerta con mucha delicadeza. Afuera, tomé la caja de sus manos. Noté que no se movían, pero no dije nada. Comenzamos a bajar.

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—No sé, no lo he pensado. —La pregunta, más que preocuparle, parecía dolerle, como si supiera lo que tenía que hacer y se negara a aceptarlo—. Vivo con una amiga, no me puedo quedar con ellos. Ella trabaja todo el día y yo también estoy a punto de entrar a trabajar, aunque no sé si es lo que en verdad quiero. No sé. Hay muchas cosas por hacer aún.

—¿Y a ella no le gustan los gatos?

No contestó. La caja estaba callada y eso le daba un peso irreal. Parecíamos un cortejo fúnebre en miniatura.

Las calles seguían vacías, pero ahora también estaban oscuras. Atravesamos la avenida; caía una lluvia de alfileres de agua.

—Lucas y Rafael son nombres bonitos —mencioné de pronto. Me arrepentí casi al instante. Me pareció que debía llenar el silencio, pero no sabía cómo.

—Un gato que se llame Queso.

—¿Cómo?

—Un gato que se llame Queso o que se llame Coco.

La lluvia comenzó a engrosar.

—Un gato que se llame Estela —contesté, y al verla noté su rostro en paz. Tal vez ese era su nombre. Seguimos caminando.

—Un gato que se llame Europa. Un gato que se llame Hojarasca.

—Un gato que se llame Lucero.

—Un gato que se llame Estocolmo. Un gato que se llame Tiempo.

—Un gato que se llame Brisa.

—Un gato que se llame Nube.

—Un gato que se llame Porvenir.

No contestó, sentí que había dicho algo malo, pero quizá ni siquiera me estaba escuchando y sólo encontró algo dentro de sí en ese instante. Antes de cruzar la avenida un flujo de autos nos obligó a detenernos. Autos, muchos autos: habían terminado las vacaciones; la ciudad volvía a la vida. La vi con los ojos al frente, colgados en el horizonte. Sus dedos aferraban la caja, que comenzaba a oscurecerse por la lluvia. Los labios le temblaban, como si rezara en voz baja.

—Algo que tiene nombre no puede morirse —comentó. En su voz la palabra morirse estaba helada—. Lo que tiene nombre ya existe, ya está vivo y existe.

Miró hacia arriba, hacia la lámpara bajo la que estábamos. El agua se incendiaba al atravesar la luz, luego caía hecha noche sobre el pavimento. Pensé en cómo habría sido la lluvia antes de que la llamáramos lluvia, y si hubiera muerto en caso de que nadie la hubiera bautizado. La caja, pegada a su vientre, se humedecía cada vez más, hasta adquirir el color de la tierra recién removida.

Me dijo que deseaba seguir sola. No tuve más opción que aceptar. Avanzó con la caja pegada al vientre, se despidió con un movimiento de cabeza. La lluvia arreció, corrí de vuelta.

Al meter las manos en las bolsas de la sudadera, me encontré con la jeringa. Volteé para gritarle que la había olvidado, pero ya no estaba. Busqué un poco más con la mirada, pero sólo encontré agua y noche. Nunca más volví a verla.

PERO TÚ NO TE OLVIDARÁS DE MÍ, ¿O SÍ?

Adán comenzó a fumar porque le agradaba ver la brasa ardiendo en la punta del cigarrillo. Le recordaba a las fresas que su abuela paterna, a quien sólo vio un par de veces, sembraba en una llanta partida por la mitad.

Recuerda el mentolado en la mano derecha de su padre, un hombre que se limitaba a convivir los fines de semana, cumpleaños y días festivos. El resto del tiempo era sólo rutina. Llegaba a las seis del trabajo, se desanudaba la corbata y la dejaba en el respaldo de su silla, en la cabecera de la mesa. Sorbía la sopa de forma ruidosa (todos los días había sopa en casa) y acompañaba su carne con pan blanco. Al terminar, bebía su vaso de medio litro de agua de un solo golpe y se sentaba frente a la televisión; nunca se quedaba en un canal más de quince minutos, hasta las diez, cuando empezaba el noticiario.

Cada treinta y uno de diciembre cenaban en casa de la abuela. Salvador, el padre de Adán, encendía un cigarrillo mentolado, que tomaba de la bolsa de mano de su esposa, y daba una ligera bocanada. Luego salía al patio, donde su hijo lo esperaba con una bolsa llena de fuegos artificiales. Adán, con la mano temblorosa, tomaba un cohete y lo acercaba al punto ígneo del cigarro, que su padre chupaba de vez en vez para no dejarlo morir. Un siseo y una chispa lo ponían en

alerta. Adán arrojaba los cohetes lo más lejos que podía, para luego cubrirse los oídos con las manos. La explosión sonaba lejana, como si ocurriera en un sueño o en un lugar debajo del agua. Repetía la operación hasta dejar la bolsa vacía, entonces su madre levantaba los papeles chamuscados con la escoba y un recogedor. Salvador regresaba al interior de la casa y permanecía en silencio el resto de la noche. Cuando había mal tiempo, la lluvia azotaba el techo de lámina.

Y fue un diciembre, también, cuando su padre desapareció. Dejó la información de una cuenta bancaria y una carta. Explicaba algo sobre una enfermedad y concluía diciendo que no quería que lo vieran morir, que a él le había resultado más fácil lidiar con la ausencia de su padre que con la muerte de su madre; que no lo buscaran. Adán pensó en los dedos amarillentos de su padre, las uñas gruesas como lápidas nacaradas, las palmas reseca. Recordaba también, a veces, cuando su padre salía de madrugada rumbo al trabajo y sobre la silla al lado de la cama —aún dormía con sus padres— quedaba el reloj despertador, insomne, con sus números rojos tremendamente encendidos, iluminando la habitación hasta que el sol lo relevaba.

La madre de Adán comenzó a ausentarse para trabajar. Él a veces dormía en casa de sus tíos, a quienes no llegó a querer ni a odiar del todo. Aquellas tardes las gastaba frente a la televisión, un enorme aparato con caja de madera que fallaba de la bocina izquierda y que, además, Adán no recuerda haber visto apagado. Sus tíos le hablaban de forma cortés, aunque nunca cariñosa. Las palabras que le dirigían eran frías

y limpias, asépticas. Hablaban de él y de su madre como si se refirieran a personas que habían vivido mucho tiempo atrás, a personajes de una historia que alguien les había contado. Los comentarios se repetían, a veces con diferentes palabras. Decían que no era correcto que una madre sola trabajara tantas horas, que Salvador había dejado un hueco. No había cosa alguna en esa casa que indicara la presencia de algo más de lo que podía verse, era como si las habitaciones fueran un set de televisión y en los cajones y muebles no hubiera nada.

Adán pensaba en la muerte y lloraba por las noches porque no quería morir, así se lo decía a su madre. Ella le acariciaba la cabeza mientras él lloraba acostado y las lágrimas le resbalaban hasta las orejas. Al día siguiente amanecía solo y la casa era un silencio de múltiples matices. Se levantaba, iba a la cocina y desayunaba en la misma silla donde su padre comió todas las tardes al volver del trabajo.

Cuando Adán, después de numerosos exámenes, supo que iba a morir, no sintió extrañeza ni asombro. Le pareció poco menos que increíble que la muerte hubiera tardado tanto en volver. Siempre supo, aunque su madre dijera lo contrario, que la muerte estaba ahí, en la cabecera de la cama, hierática e inamovible, y que ese llanto, en realidad, era lubricante para el misterioso e intrincado engranaje que es fallecer.

—Los niños no se mueren —repetía su madre, acariciándolo, mientras se cubría los bostezos con la mano libre.

Pero Adán había escuchado de niños, incluso más pequeños que él, que ya estaban muertos: el hijo de los vecinos de

enfrente, por ejemplo, un bebé que dejó de respirar durante la noche. El velorio fue una ceremonia larga, fría, en la que Adán confirmó su sospecha: sueño y muerte eran dos lados de un mismo objeto y la transición de uno al otro podía ser tan suave como pasar de un respiro al siguiente. Parpadeos.

El consultorio era pequeño, apenas cabían el escritorio y la mesa de revisiones. El doctor le preguntó su edad y no pudo evitar un ligero gesto de desagrado cuando le oyó asegurar que fumaba desde los nueve o diez años. Una hoja blanca se levantó poco a poco entre ambos; el sonido de la máquina de escribir era sordo. El doctor fue claro en sus explicaciones: el cigarro había terminado por cumplir su cometido. Adán cerró los ojos y usó el ruido del teclado para traer el recuerdo de la lluvia sobre el techo de lámina en casa de su abuela.

—¿Entiende lo que le digo?

La voz del doctor llegó de lejos, como cuando se cubría los oídos y miraba, tenso y expectante, el fuego correr sobre la mecha: un hombre en llamas caminando por la cuerda floja. Después venía el golpe de luz que paralizaba el universo. Allá, tras el fuego, en ese preciso segundo en que un cenit nacía y moría, Adán había visto la muerte, no camuflada de humano, como en las películas, sino hecha una con todas las cosas, con el ruido televisivo del invierno, con las fresas sembradas en una llanta, con las letras mudas ante la caricia monótona de su madre. Porque eso era la muerte: un fuego que saltaba de una cosa a la otra. La misma llama crepitando en la punta del cigarrillo frente a la mecha de un cohete era la que marcaba

los números del reloj despertador, cuando su padre se apagaba tras los muros y su madre dormía un par de horas más hasta que, poco a poco, el sol que se filtraba por los huecos del techo evaporaba el agua negra de la madrugada. El mismo fuego.

—Entiendo lo que me dice —replicó Adán, con parsimonia, con la calma de quien sabe que amanecerá y no hay remedio.

No planeaba huir, como había hecho su padre, pero tampoco le resultaba agradable la idea de quedarse ahí, a merced del tiempo y de las cosas, frente a su familia, con los oídos tapados, esperando a que su cuerpo se iluminara furiosamente, por un instante, para luego apagarse tras el estallido.

Por las calles se arrastraba un aire escandaloso; las horas caían sobre los edificios, sobre los hombres y las mujeres a su lado. Caían sobre los buzones, sobre el agua de los charcos, sobre los autos que no acababan nunca de llegar ni de partir. Caían sobre la brasa del cigarrillo que Adán encendió antes de atravesar la avenida.

—¿En qué piensas? —preguntó su madre aquella vez en casa de la abuela, la primera Navidad que pasaron sin su padre.

Adán estaba sentado en la entrada. Sostenía un cigarrillo en la mano derecha, al que soplaba cada cierto tiempo para que no se apagara. El fuego se extendía sobre el papel blanco. Su madre tomó el cigarro con suavidad de entre los dedos de Adán, inhaló profundamente y dejó escapar el humo, que se incorporó al aliento congelado de su hijo, para luego desaparecer juntos. En el cielo estallaban fuegos artificiales que se

desgranaban sobre la ciudad con un sonido de lluvia, de máquina de escribir, de pequeñas piedras cayendo sobre un ataúd que está a punto de desaparecer bajo la tierra. Su madre juntó las manos, insufló su aliento tibio en ellas y luego las colocó sobre las orejas de su hijo, quien volteó a mirarla como si fuera la última vez que lo haría. Una frase estalló en labios de su madre, su boca quedó abierta y ambos miraron a la noche. Una sola mirada repartida en cuatro ojos, que también se desgranó sobre las cosas y los días, con un ruido apenas perceptible pero real, como de ceniza cayendo sobre los vivos y los muertos.

—Eso es lo que creo —agregó su madre—. Pero tú no te olvidarás de mí, ¿o sí?

Adán no supo qué contestar. Años después, cuando lograba recrear esa noche casi a la perfección, seguía sin ser capaz de contestar aquella pregunta y seguía imaginándose qué dijo su madre, cuáles habían sido esas palabras perdidas para siempre mientras sus orejas se entibiaban por su aliento. “Hay cosas que de tan bellas, sólo pueden ser dichas una vez”, solía decir su abuela; aunque ya no la recordara a ella, recordaba su voz.

Saludó a su mujer y a su hijo, luego subió a bañarse.

—Susana —gritó desde la regadera. El agua de la regadera caía sobre su espalda como piedrecillas transparentes sobre un ataúd palpitante—, vamos a hablar.

La tibieza del vapor lo envolvió.

TRAMPAS

—Oh, ¿en verdad? Sería gracioso.

El hombre colocó la última trampa. Por toda la pieza había, contando las de los escalones, más de seis, quizás diez. Parecían gelatina negra: si uno colocaba allí el dedo, costaba trabajo quitarlo y quedaba la huella.

Un ratón bailarín. Gracioso.

Su hija no mentía: cuando fue a la cocina lo vio sobre las patas traseras, meciéndose como si danzara. No pudo evitar sonreír. Antes de que pudieran decir algo, el ratón se escurrió bajo la estufa; su cola rosada quedó asomando un momento, como un niño que juega a las escondidillas y lo hace mal. Tomó la chamarra y salió de la mano con su hija.

—Fue gracioso —dijo la niña.

Rumbo al mercado, una nube tomó forma de ratón gordo. Por un momento ambos recordaron cuando los tres iban a las compras. El ratón se transformó en algo rectangular, como una de las trampas o un ataúd; ambos volvieron a pensar en ella, pero no dijeron nada.

No sabían desde cuándo había llegado, pero ahí estaba, rasguñando el silencio de la madrugada con sus pequeños pasos. Era como un mal sueño: al prender la luz, desaparecía. Tenía cierta gracia. Al volver, lo encontraron pegado a una de

las trampas, como un enfermo terminal a la cama. Su pequeño ojo —negro y vivo como la noche— parpadeaba muy rápido. Ya no era cómico mirarlo: costaba creer que hacía unos minutos bailaba con gracia. Ahora daba horror. La cola se movía como si fuera otro animal. El hombre tomó un periódico y envolvió la trampa, luego la arrojó a la basura.

—¿Habrá más debajo de la estufa? —La niña movía los pies bajo la mesa, como péndulo sin tiempo. El hombre, que lavaba las verduras, no respondió. Cenaron en silencio.

Cuando la niña se fue a dormir, el hombre se calzó las botas altas y tomó la escoba. Movié la estufa: ahí, sobre pedazos de papel y tela, había unos ratoncillos transparentes. Fue por la pala y los arrojó al bote. Subió, pero no pudo dormir: el silencio pesaba.

—¿Había más? —preguntó la niña al día siguiente, mientras su padre le colocaba la mochila—. ¿Papá?

El hombre no pudo contestar. La mañana estaba clara, sin una sola nube en el cielo.

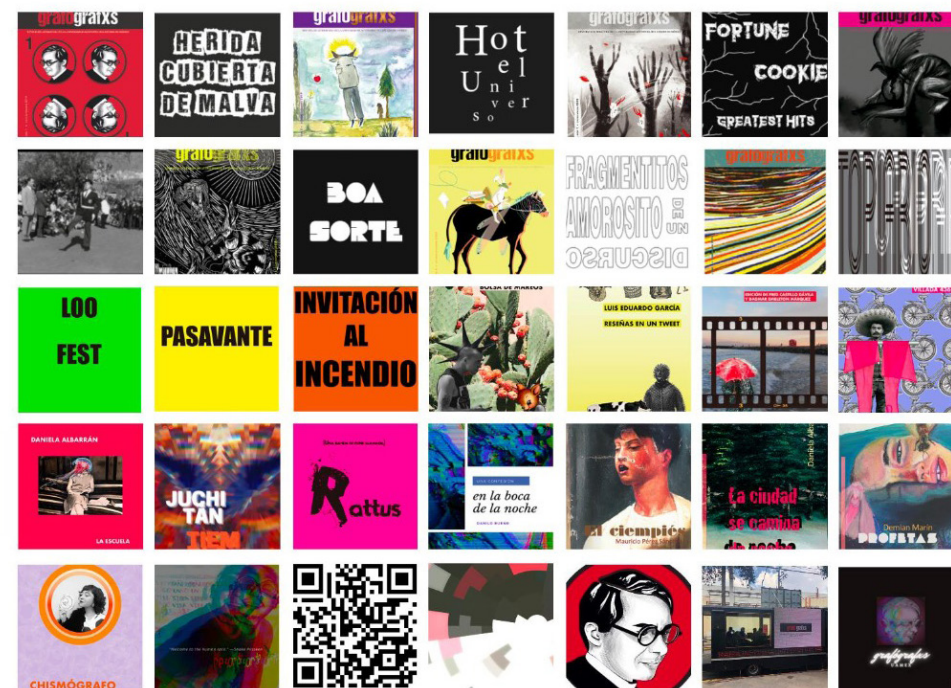
Índice

Vacaciones de verano	7
Infierno número dos	23
Un gato que se llame porvenir	35
Pero tú no te olvidarás de mí, ¿o sí?	47
Trampas	55

Parte esencial del proyecto editorial de la revista *Grafógrafxs* es el lanzamiento de lxs escritorxs surgidxs de sus talleres de narrativa y poesía. De ahí la necesidad de acompañar en forma de libro electrónico el trabajo que durante las sesiones de dichos talleres ha sido compartido, discutido y editado. Cada sábado, a través de internet, se reúne una comunidad universitaria nutrida, compuesta por estudiantes, profesionistas y profesores con los perfiles más diversos, lo que refrenda el punto de partida de *Grafógrafxs*: sustentar una comunidad universitaria plural, libre y activa, que, junto con sus estudios regulares o actividades laborales, mantenga el fervor por la literatura, y más aún, que encuentre las herramientas para entender la lectura y escritura como una vía compartida, y pueda así escribir su propia historia y haga valer su voz.

El nombre de las colecciones **Pasavante** e **Invitación al Incendio** hace referencia a dos antologías en formato electrónico de los talleres de poesía y narrativa, ediciones especiales de la revista que aparecieron a principios del 2020 y unificaron la visión entre los autores y los coordinadores de los talleres de dar paso a ediciones individuales, consolidando su mérito y talento en un libro, especialmente en estos momentos adversos en los que la continuidad nos obliga a sumar empeños en el plano virtual. También, con las colecciones **Pasavante**, de poesía, e **Invitación al Incendio**, de narrativa, se convida a participar a los escritores y traductores allegados al proyecto de *Grafógrafxs*, cuyos libros atrayentes y de una estética singular redundarán en la configuración de un catálogo que escolte y acreciente el arsenal de nuestrxs lectorxs. Porque la literatura es una reflexión del mundo lúdica y cruel, exagerada y simple, descalza y bocanada de ostracismo, absurda y posesa, trance y veladura, explicación y vuelo sumergido, ciudad real y hangar de duermevela, cíclope y tumulto, fin del camino e ignición, de nuevo queremos decir que *Grafógrafxs* es el espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos, reconocernos y escribirnos.

Sergio Ernesto Ríos



TODO GRAFÓGRAFXS
grafografxs.uaemex.mx

Síguenos

 Grafógrafxs UAEMex

 @grafografxsuaem

 Grafógrafxs UAEMex

Contacto

 grafografxs@uaemex.mx

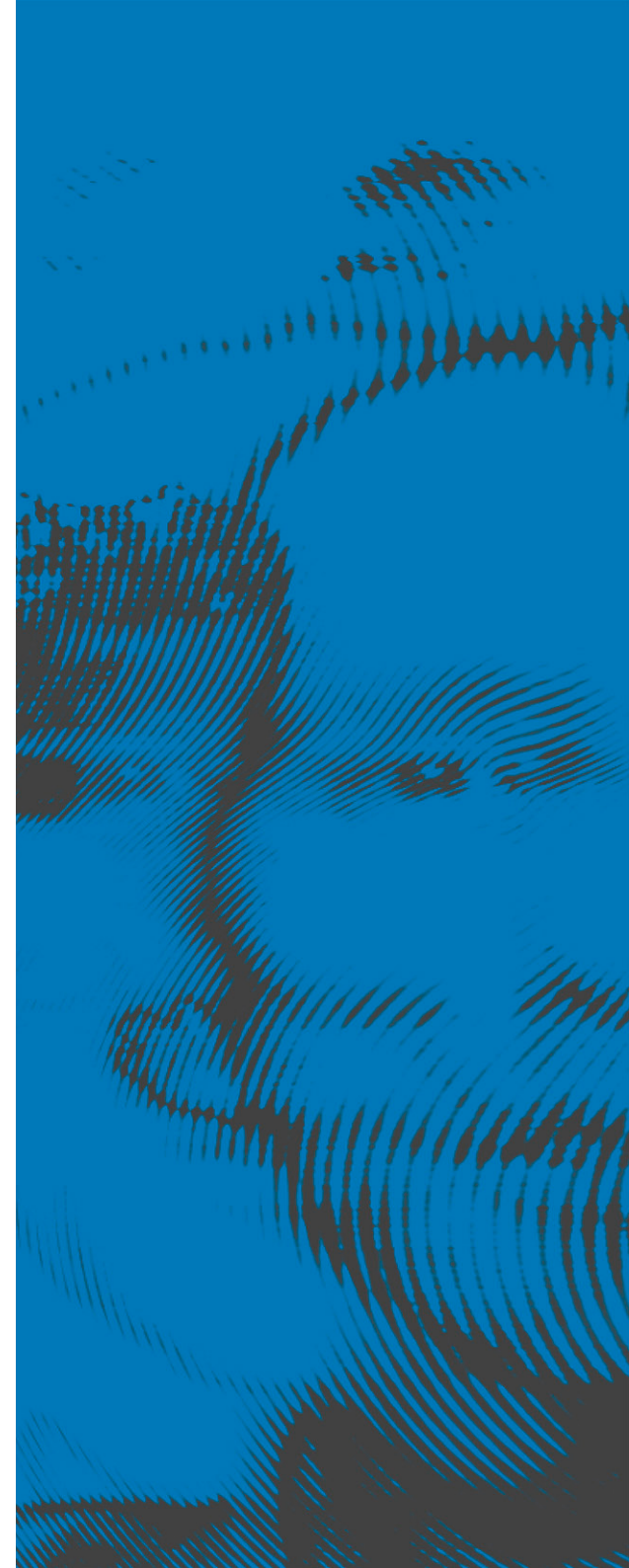
Infierno número dos, de Aldo Rosales Velázquez, es una publicación especial (colección Invitación al Incendio de narrativa) de *Grafógrafx*, editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Secretaría de Difusión Cultural, Edificio UAEMITAS, Leona Vicario, No. 201, 3er piso, Barrio de Santa Clara, C.P. 50090, Toluca, Estado de México, Tel. (722) 481 1800.

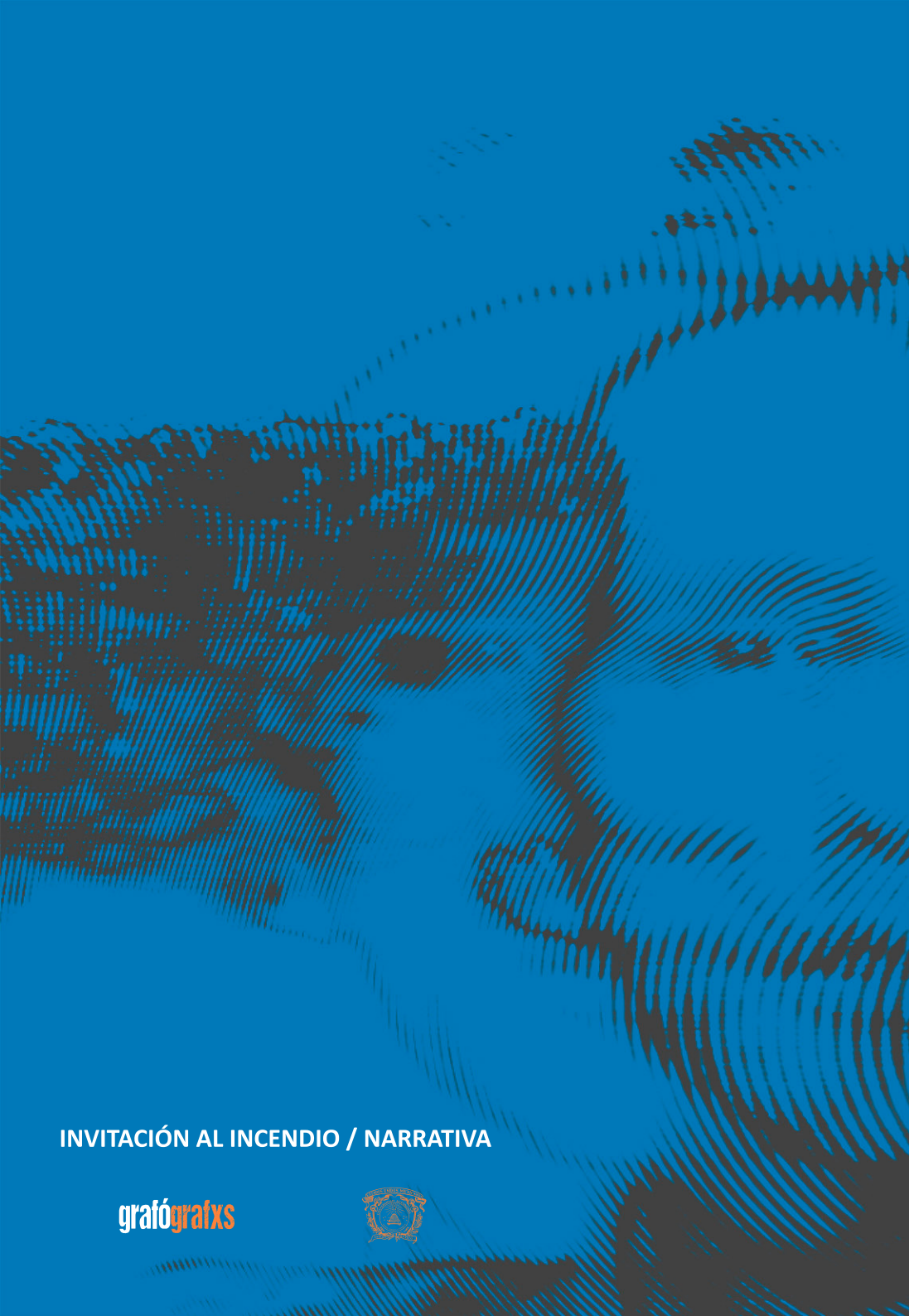
Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre y cuando no se modifique, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.

Hecho en México, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), todos los derechos reservados 2020.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Esta obra fue puesta en línea con la actualización del vol. 4, núm. 3, de *Grafógrafx*, julio-septiembre de 2022.





INVITACIÓN AL INCENDIO / NARRATIVA

grafógrafx

